

EL ALMA SACERDOTAL EN MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO

*Prof. Gloria M^a Tomás y Garrido**

1. PRESENTACIÓN

Aunque en justicia, cabría comenzar este trabajo enumerando títulos, distinciones y ocupaciones de Mons. Álvaro del Portillo, únicamente nos vamos a referir a una dimensión integrada en el título que, quizás, es el más importante de todos ellos: Don Álvaro fue el hijo más leal y totalmente fiel al espíritu y a la persona de San Josemaría, Fundador del Opus Dei. Esta entrañable realidad tiene –y tendrá– consecuencias importantes en la Obra, en la Iglesia y en la sociedad. En este sentido, en 1994, Mons. Flavio Capucci escribía en *Studi Cattolici*: «la profunda unidad entre el Fundador y su sucesor, este fluir de la paternidad del uno al otro –diferentes en temperamento, identificados en el espíritu–, y la continuidad en nuestro ánimo de la misma filiación son testimonios de realidades que no encuentran explicación humana»¹.

Este trabajo consiste en ilustrar como Don Álvaro vivió y enseñó a vivir el alma sacerdotal (particularmente desarrollada en el Concilio Vaticano II), que es esencial en la vocación al Opus Dei. Antes de introducirnos en el estu-

* Catedrática Honoraria de Bioética, Universidad Católica de Murcia (España).

¹ S. BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1996, p. 156.

dio del tema, deseamos recordar que este aspecto de su vida se complementa tanto con su perfil de sacerdote como con su mentalidad laical. Afirmación no gratuita pues corresponde a los fieles del Opus Dei tener alma sacerdotal y mentalidad laical, ya que «la contemplación en medio del mundo es una modalización existencial de la oración contemplativa, modalización peculiar que surge del carisma fundacional que San Josemaría recibió en 1928. En efecto, por medio de este carisma, el Espíritu Santo le impulsó a abrir un camino de santificación en medio del mundo, cuyo quicio o núcleo más profundo es la santificación del trabajo y de toda la existencia secular ordinaria»². En el Opus Dei la mentalidad laical, por lo tanto, no se pierde nunca, tampoco si se recibe la ordenación sacerdotal. Así lo expresaba el Fundador del Opus Dei: «Cuando sean sacerdotes, no se dejarán arrastrar por las tentación de imitar las ocupaciones y el trabajo de los seglares, aunque se trate de tareas que conocen bien, porque las han realizado hasta ahora y eso les ha confirmado en una mentalidad laical que no perderán nunca»³. Es el mismo Don Álvaro el que señala que el sacerdocio jerárquico no era ni una especie de un humanismo religioso –en una búsqueda afortunada de Dios–, ni un moralismo antropológico –noblemente empeñado en la consecución de valores humanos–⁴. Él supo integrar en su vida las características propias del sacerdocio común y las del sacerdocio ministerial, como lo refleja Mons. Echevarría⁵ al realizar un breve perfil de Mons. Álvaro del Portillo: «Sus dotes humanas y espirituales, constituyen como un compendio de las virtudes que deseamos encontrar en el sacerdote, ministro de Cristo y servidor de las almas: inteligencia humilde, piedad sencilla, entrega plena a los demás, solicitud y misericordia por los débiles y necesitados, fortaleza de padre, paz contagiosa»⁶.

Con respecto a la mentalidad laical –secularidad– es el mismo Don Álvaro el que, en uno de sus numerosos escritos sobre este tema, dirá: «...No es un camuflaje con el fin de lograr una determinada eficacia; no se queda en

² M. BELDA, *Contemplativos en medio del mundo*, en «Romana», Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, (1997-2007), p. 340.

³ SAN JOSEMARÍA, *Sacerdote para la eternidad*, en IDEM, *Amar a la Iglesia*, Palabra, Madrid 1986, p. 64. Ver también, A. DUCAY, *Mentalidad laical*, en J. ILLANES (dir.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, pp. 832-833.

⁴ Á. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Palabra, 6^a ed., Madrid 1990, p. 106.

⁵ Prelado del Opus Dei.

⁶ BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo*, p. 94.

una táctica pastoral o apostólica; es concretamente el lugar donde nos coloca el Señor, bien metidos en su Corazón, para hacer su Obra, para santificar este mundo, en el que compartimos las alegrías y las tristezas, los trabajos y las distracciones, las esperanzas y las faenas cotidianas de los demás ciudadanos nuestros iguales»⁷. Planteamiento concorde con la afirmación de Santo Tomás: «Cuando nuestra mente se ocupa de las cosas temporales como para encontrar allí su fin, se queda rebajada a ellas; en cambio, cuando lo hace en orden a la bienaventuranza, no es arrastrada hacia abajo por ellas, sino que más bien, las eleva a un nivel superior»⁸.

A partir de estos supuestos, se hace un apunte que encuadra el sentido y significado del alma sacerdotal en la Iglesia, basándonos en textos del Concilio Vaticano II, de San Josemaría y de Mons. Álvaro del Portillo; no se realiza un estudio exhaustivo, ya que no es nuestro objetivo. Se finaliza el trabajo con la narración de algunos detalles, de los muchos que fui testigo presencial desde mayo 1976 a julio de 1978, por trabajar en Roma junto a Don Álvaro en la Sede Central del Opus Dei. Este último apartado, breve, y no propiamente académico, valdría la pena ampliarlo, quizás en un futuro, con testimonios de tantas otras personas que tuvieron esta oportunidad de trabajar con Don Álvaro, ya que contribuiría a mostrar fidedignamente como vivió su vocación existencial y armónicamente con mentalidad laical, con alma sacerdotal y siendo fiel a las exigencias del sacerdocio ministerial.

Mons. del Portillo fue uno de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei, ordenado el 25-VI-1944, llegando a la plenitud del sacerdocio al ser nombrado Obispo el 6-I-1991 por el Papa Juan Pablo II. San Josemaría le llamaba *Saxum*, –Roca–; actualmente, con este título, se ha realizado un documental que lleva ese nombre; un trabajo en el que los más de cien testimonios recogidos destacan al que fuera primer sucesor de san Josemaría al frente del Opus Dei como “maestro de vida cristiana”, con “una vida dedicada al servicio de la Iglesia”. La coherencia de la vida de Don Álvaro, digamos lógica, era fruto de su lealtad y de su fidelidad.

Al señalar la virtud de la lealtad se quiere subrayar el acatamiento y cumplimiento de la herencia recibida del Fundador, esas ganas eficaces de hacer

⁷ Á. DEL PORTILLO, *Carta*, 28-XI-1982, en P. RODRÍGUEZ – F. OCÁRIZ, *El Opus Dei en la Iglesia*, Rialp, Madrid 1993, p. 229.

⁸ *S.Th.*, II-II, q.83, a.6 ad 3.

las cosas bien, cumplidas; mientras que por fidelidad, cabe entender su identidad con la persona de San Josemaría y, en consecuencia, con los fieles de la Prelatura; fidelidad bellamente expresada por san Juan Pablo II cuando se refiere a la espiritualidad de la comunión, como la capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: «un don para mí»⁹.

2. ALMA SACERDOTAL

Así como en la vida de Jesucristo toda su actividad estuvo penetrada de afán redentor, así el cristiano, participa de esos mismos sentimientos de Cristo. Afecta a toda la vida y digamos que pedagógicamente supone tener un vivo sentido del pecado y de la necesidad de expiar y de reparar; convertir la propia vida en alabanza a Dios; ejercitar las virtudes sobrenaturales, morales y humanas para que las relaciones con los demás y con el mundo –vida familiar, vida social, trabajo, etc. – sean también un encuentro con Dios y ocasión de evangelización y de apostolado. De esta manera se forja la vocación cristiana como una llamada universal a la santidad, santidad de todos y en todo.

Este modo de vivir el cristianismo es lo que hicieron los primeros discípulos de Jesucristo, pero quedó oscurecido durante muchos siglos; hecho reconocido por historiadores y teólogos, y también por San Josemaría, que ya en el año 1932 expresaba: «Hay un paréntesis de siglos, inexplicable y muy largo, en el que sonaba y suena esta doctrina a cosa nueva: buscar la perfección cristiana, por la santificación del trabajo ordinario, cada uno a través de su profesión y en su propio estado. Durante muchos siglos, se había tenido el trabajo como una cosa vil; se le había considerado, incluso por personas de gran capacidad teológica, como un estorbo para la santidad de los hombres»¹⁰. En el siglo XX, la Providencia divina ha querido que resurgiera el valor del mundo, conforme lo fue con los primeros cristianos, y el Opus Dei, ha sido un factor, entre otros, que contribuyeron y contribuyen a realzar y difundir

⁹ SAN JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, www.vatican.va (consultado 14/02/2014), 2000, n. 44.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA, *Carta 9-I-1932*, n.3, en E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Las actividades temporales, camino de santificación*, en *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, tomo 3, Rialp, Madrid 2013, p. 25.

esta realidad. El capítulo V de la Constitución Dogmática *Lumen gentium*, dedicado a la vocación universal a la santidad en la Iglesia, en el n.31 refleja el sentido apostólico en medio del mundo. Dice así: «...los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. Viven en el mundo, en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, que forman el tejido de su existencia. Es ahí donde Dios los llama a realizar su función propia, dejándose guiar por el Evangelio para que, desde dentro, como el fermento, contribuyan a la santificación del mundo, y de esta manera, irradiando fe, esperanza y amor, sobre todo con el testimonio de su vida, muestren a Dios a los demás. A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos».

Y es de este modo como el Fundador del Opus Dei contemplaba a la Iglesia; un conjunto de fieles cristianos llamados todos a la santidad, respondiendo a su lugar en el mundo, con una orgánica distribución de dones y de funciones, jerárquicamente estructurada –sacerdocio ministerial y sacerdocio común–, para continuar en el tiempo la acción redentora de Jesucristo¹¹. Como ya hemos apuntado, a San Josemaría, Dios le anticipó este mensaje acerca de la llamada universal a la santidad, que sería desvelado con nuevas luces en el Concilio Vaticano II¹². Esta llamada –vocación– que hace partícipe al cristiano de las ansias redentoras de Cristo, implica participar del carácter pleno y definitivo de su sacerdocio, que se inicia a través del sacramento del Bautismo; en este sacramento se recibe el sacerdocio común –sacerdocio de la propia vida–, el cual constituye el fundamento del alma sacerdotal. San Josemaría dirá que tener alma sacerdotal, es «...asumir conscientemente las implicaciones del sacerdocio de cada uno (el común y, en su caso, el ministerial). Por su parte, la mentalidad laical consiste sustancialmente en comprender que las realidades temporales se han de ordenar a Dios de acuerdo con sus leyes y su autonomía propias»¹³. Es conocida y altamente clarificadora con

¹¹ M.M. OTERO, *Alma sacerdotal*, en ILLANES, *Diccionario de San Josemaría*, pp. 90-95.

¹² Existen numerosos testimonios de padres conciliares sobre este hecho; Cardenal Frings, Cardenal König, etc. cfr. C. PIOPPI, *Concilio Vaticano II*, en ILLANES, *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, p. 257; cfr. BURKHART – LÓPEZ, *Las actividades temporales*, pp. 24-36.

¹³ BURKHART – LÓPEZ, *Las actividades temporales*, p. 107.

respecto a esta vida redentora y contemplativa, la homilía pronunciada por San Josemaría en el Campus de la Universidad de Navarra, a la que corresponde este párrafo: «Debéis comprender ahora –con una nueva claridad– que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama de trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en la situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»¹⁴.

Mons. del Portillo, en una conferencia en una Universidad romana sigue abriendo horizontes, y nos dice: «Pero ¿es en verdad posible transformar toda la existencia, con sus conflictos y sus turbulencias, en auténtica oración? Hemos de responder decididamente que sí. De otra forma, sería como admitir que la solemne proclamación de la llamada universal a la santidad, por parte del Concilio Vaticano II (cfr. *LG* 39-42) no ha sido más que una afirmación de principio, un ideal teórico, una aspiración incapaz de traducirse en la realidad vivida de la inmensa mayoría de los cristianos»¹⁵.

El alma sacerdotal puede y debe englobar toda actividad; ahora bien, hay un aspecto primigenio que explícitamente aún no se ha citado y consiste en que para tener la disposición habitual de ejercer la propia participación en el sacerdocio eterno de Cristo, es preciso amar y participar de la Santa Misa. Veamos en este sentido tres textos significativos.

El primero corresponde al Concilio Vaticano II: «No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía: por ella, pues, hay que empezar toda formación para el espíritu de comunidad»¹⁶.

Citamos a continuación un texto de San Josemaría; se trata de un párrafo de una carta familiar dirigida a sus hijos el 2-II-1945, y ya en esos años dice:

¹⁴ SAN JOSEMARÍA, *Amar el mundo apasionadamente* (8-X-1967), en *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, 19^a ed., Madrid 2001.

¹⁵ Á. DEL PORTILLO, *Conferencia* en la Universidad Urbaniana (24-XI-1984), en *Rendere amabile la verità*, p. 648; también en Á. DEL PORTILLO, *Orar. Como sal y como luz. Selección de textos sobre la vida cristiana*, J.A. LOARTE (coord.), Planeta Testimonio, Barcelona 2013, p. 35.

¹⁶ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 7-XII-1965, www.vatican.va (consultado 09/01/2014), n.5.

«Siempre os he enseñado, hijas e hijos queridísimos, que la raíz y el centro de vuestra vida espiritual es el Santo Sacrificio del Altar»¹⁷.

Por último el tercer texto corresponde al n.8 de una Carta pastoral escrita por Don Álvaro el 9-1-1993, en la que señala: «Cuando se renueva (sacramentalmente) el Sacrificio del Calvario, Cristo se ofrece en el altar con los miembros de su Cuerpo místico (cfr. *LG 10*). Ahí adquieren nuestras obras valor de eternidad. Es el momento sublime en el que el alma sacerdotal puede volcarse en ímpetu de adoración, de acción de gracias, de reparación y de petición, y entregarse por entero a Dios Padre en unión con el sacrificio de Cristo»¹⁸.

3. EL ALMA SACERDOTAL EN DON ÁLVARO

Con respecto a esos hechos y anécdotas de los que fui testigo presencial no resulta fácil hacer un esquema, dado que la vida es más rica que la reflexión; además, no se trata de realizar una exposición exhaustiva de todas las vivencias de ese tiempo, sino sencillamente se trata de mostrar que Mons. del Portillo, como fruto de su vida interior esculpida según el espíritu de la Obra, despliega un abanico apostólico enorme en el que siempre incide la persona y el espíritu de San Josemaría, pues su unión con el Fundador era natural y sobrenatural, profunda y delicada. Los pocos detalles que a continuación se relatan manifiestan –como también lo hemos visto en sus palabras anteriormente citadas– el ejercicio del alma sacerdotal en su vida, ejercida según el espíritu del Opus Dei, es decir, considerándose un instrumento que participa en la Redención operada por Cristo¹⁹. Sigue pues el carisma fundacional de San Josemaría, que volvió a abrir en la Iglesia un camino de santidad de «almas contemplativas en medio del mundo para santificar –redimir– el mundo desde dentro»²⁰.

Es bueno recordar y expresarlo con sencillez que Don Álvaro “contagiaba” con su afabilidad y bondad el afán por vivir santamente. A veces, le oí comentar una expresión castiza, propia de su origen madrileño, también empleada por

¹⁷ A. GARCÍA, *La Santa Misa, Centro y raíz de la vida del cristiano*, en «Romana» (Estudios 1997-2007), p. 37.

¹⁸ DEL PORTILLO, *Orar. Como sal y como luz*, p. 164.

¹⁹ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, Rialp, 14ª ed., Madrid 1988, n. 263.

²⁰ OTERO, *Alma sacerdotal*, p. 90.

San Josemaría; decía que hemos de ser santos «sin que nos falte un pelo»²¹ que, en realidad, supone vivir heroicamente la santidad.

Como primer sucesor de San Josemaría, tal como manifestó al Papa Pablo VI en una Audiencia de marzo de 1976, deseaba que esa etapa de su vida y de la historia de la Obra lo fuera «de la continuidad al espíritu y enseñanzas del Fundador»²². De hecho todos los ejemplos que pueden citarse, podrían ponerse en ese único apartado: unidad con San Josemaría; aun partiendo de esa auténtica realidad, se considera que el alma sacerdotal, al ser en realidad la dimensión apostólica de su vida, simbólicamente, implica tender puentes muy variados para unir a Dios con los hombres y a los hombres con Dios en todos los campos honestos, y, por ello, se ejercita en la práctica de cada virtud. En todo caso, en mi recuerdo queda la vivencia de cómo Don Álvaro vivía con intensidad el presente, diría más, con sentido de eternidad, con plenitud; desligándose de posibles nostalgias pasadas, y no ocupándose desmedidamente de las incertidumbres futuras. Estaba en lo que tenía que estar, con una enorme serenidad, hacía lo que debía hacer, siempre atento, siempre con paz. Lo vivía y lo transmitía. Solía decir «¡a lo que estamos!».

De acuerdo con estas premisas se ha centrado el testimonio en algunos campos: Vida de piedad, Unión con el Fundador, Práctica de virtudes, Labor de gobierno y Vida en familia y Vibración apostólica.

Todos los ejemplos –que muestran detalles de su vida– también manifiestan su alma sacerdotal, pues incitan a la unión con Dios, a la unión con San Josemaría, al sentido apostólico de la vida, tal como el mismo Don Álvaro lo explicaba a sus hijos: «El sacerdocio de Jesucristo es eterno, porque Él permanece para siempre. Sentado a la derecha del Padre, conserva en su Humanidad Santísima las heridas de la Pasión, y vive eternamente para interceder por nosotros ofreciendo el Sacrificio que realizó “una sola vez” (1 Pe 3,18). Pero el Señor ha querido no sólo redimirnos, sino que fuéramos corredentores. En el Bautismo recibimos el don de la filiación divina, y nos ungieron con óleo para significar que recibíamos también una participación en el sacerdocio de Cristo. Por eso afirma san Agustín que «así como llamamos a todos cristianos en virtud del único crisma, así también llamamos a todos sacerdotes porque

²¹ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *La grandeza de la vida corriente*, en IDEM, *Amigos de Dios*, n. 5.

²² F. CASTELLS I PUIG, *Portillo y Diez de Sollano, Álvaro del*, en ILLANES, *Diccionario de San Josemaría*, p. 987.

son miembros del único Sacerdote (*La Ciudad de Dios* XX, 10) [...] Todos, en consecuencia, debemos tener *alma sacerdotal*, los sacerdotes y los laicos: también, ciertamente, las mujeres»²³.

4. VIDA DE PIEDAD

En la vida familiar de las personas del Opus Dei existen espacios dedicados a la tradicional tertulia. Lógico porque el espíritu del Opus Dei tiene su fundamento en la filiación divina, y la relación entre sus miembros es familiar, lo que lleva también a estar en los detalles con todos. Las personas que viven en la sede Central de la Obra tienen la oportunidad de que, en fiestas o en ocasiones señaladas, el Padre²⁴ se reúna con sus hijas o con sus hijos, y puedan estos formular preguntas familiares, de carácter apostólico; estas tertulias pueden ser generales, tal como se conocen filmadas de San Josemaría, de Don Álvaro y de Mons. Echevarría. Son tertulias con distintas personas y en diversos países.

Recuerdo que al terminar alguna de estas tertulias, cosa que hacía impartiendo su bendición, siempre nos decía algo vibrante que ayudaba a vivir la presencia de Dios y la cercanía del Padre, como por ejemplo: «hoy es un día de alegría, porque es un día de entrega»; «todo sale adelante con vida interior»; «la doctrina de Nuestro Padre²⁵ es buscar a Dios, a Jesús que pasa, en los pequeños detalles de cada momento»; «Siempre jóvenes en el amor porque el Señor nos pide y nos da», etc.

Muy significativas son las tarjetas o *cartoline* que, como detalle de familia, escribía a sus hijas de la sede Central del Opus Dei cuando salía de Roma para realizar algún viaje apostólico. Vienen a mi memoria tres del año 1977. En mayo recibimos un recuerdo de una Romería que hizo a un Santuario de la Santísima Virgen; el texto de la postal era el siguiente: *Ut, Beata María intercedente tamquam boni filii, Patris noster fidelitas, usque in finem ambulemus!* Posteriormente recibimos otra tarjeta, escrita desde León. En ella, nos pedía que fuéramos muy piadosas, que lucháramos por cumplir muy bien la Normas de piedad, que estuviéramos muy contentas, como buenas hijas de Dios, de

²³ DEL PORTILLO, *Orar. Como sal y como luz*, p. 49.

²⁴ En el Opus Dei se llama Padre a su Prelado.

²⁵ Las personas del Opus Dei emplean habitualmente la expresión “Nuestro Padre” para referirse al Fundador del Opus Dei.

Nuestro Padre y del Padre. La tercera postal nos llegó desde Lourdes; en ella además de enviarnos su bendición, nos escribía que a que nos encomendaba a la Santísima Virgen, poniendo por intercesor al Fundador de la Obra.

Era tal su devoción a la Virgen y su afán por honrarla, que rezaba tantas veces las tres partes del Rosario. Un 31 de mayo tuvo más trabajo del que preveía, y rezó el Rosario completo ante el cuadro de la Virgen de su cuarto de trabajo. En una ocasión en que un grupo de hijas tuyas teníamos que trabajar con él, llevaba el rosario en la mano, del cual colgaban medallas de distintas advocaciones de la Santísima Virgen, Fátima, Covadonga, Lady of Wiselden, Keeberlag, Einsindel, Alttoting, Lourdes, Torreciudad, Guadalupe y, de algunas de ellas, nos comentó como aprovechaba, al pasar las cuentas del Rosario, para rezar por la labor apostólica de un país concreto; por entonces no se había comenzado la labor apostólica del Opus Dei en Costa de Marfil, y nos dijo que en la medalla de Nôtre Dame, él pedía no sólo por Francia sino por la labor en los países de África de lengua francesa.

A partir de enero del 78, sus escritos de gobierno llevaban la fecha de 78 subrayada: fue una industria humana, una ayuda materializada, que utilizó para vivir el año mariano, que había convocado para todo el Opus Dei, pues nos dijo que ese detalle le servía para repetir jaculatorias en honor a la Santísima Virgen.

5. UNIÓN CON EL FUNDADOR

A lo largo del trabajo se ha manifestado su auténtica unión con San Josemaría, tanto con su persona como con su espíritu. Al tratar ahora de narrar algún hecho relacionado más directamente con esta unidad nos parece significativo transmitir el comienzo del prólogo al libro *Amigos de Dios*, que recoge homilías pronunciadas por el Fundador del Opus Dei. Dice así:

«Dios sabe más. Los hombres entendemos poco de su modo paternal y delicado de conducirnos hacia Él. Yo no podía prever [...] que se iría tan pronto a la casa del Cielo ese sacerdote santo, a quien millares de hombres y mujeres de todo el mundo –hijos de su oración, de su sacrificio y de su generoso abandono a la Voluntad de Dios– aplicamos con inmenso agradecimiento la misma conmovedora alabanza que San Agustín cantó de nuestro

Padre y Señor San José: *mejor cumplió él la paternidad del corazón que otro cualquiera la de la carne*»²⁶.

Don Álvaro, tanto a las personas jóvenes que acabábamos de llegar para trabajar en la Sede Central, como en las tertulias generales con todas sus hijas, así como ante cualquier asunto de trabajo, aconsejaba bajar a la Cripta, situada en la Iglesia de Santa María de la Paz, para pedir al Fundador –pues allí reposaban entonces sus restos– lo que necesitáramos tanto para la vida de piedad y el apostolado, como para el trabajo profesional. Él nos daba ejemplo. El 28-III-76 nos comentó que al besar la lápida de nuestro Fundador, le había dicho: *Tu es sacerdos in aeternum. Magister noster. Pater.*

El 28-III-77 Don Álvaro al saludarnos, iba muy recogido, y recordó cómo hacía cincuenta y dos años que San Josemaría había celebrado su Primera Misa. Comentó que aquel día era sábado; mirándonos, con una mirada difícil de describir, llena de ternura y de fortaleza a la vez, nos dijo: «...desde entonces ¡cuántas cosas! Lo que Dios ha hecho por la generosidad de nuestro Padre. Por su alma sacerdotal ¡lo que puede la generosidad de un alma!».

El 25-VI-77 se cumplía un aniversario más de la Ordenación sacerdotal de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei, y por tanto, de la de Don Álvaro. Esa mañana celebró la Santa Misa en la Cripta. Al terminar su acción de gracias, un grupo de hijas cuyas pudimos felicitarle en el anteoratorio de Santa María de la Paz, próximo a la Cripta. Don Álvaro, con mucho cariño nos dijo: «*Consummati in unum!*» –remarcando la unidad de todos en el Opus Dei–; enseguida, como era tan habitual en él, se refirió a nuestro Padre. Nos decía que pidiéramos por su persona y sus intenciones, nos explicaba que lo hiciéramos por piedad filial y, a su vez, que también rezásemos por todos los sacerdotes, y puso un símil significativo: «como tierra seca y con sed, se necesitan los sacerdotes».

No enseñaba, entre otros modos, a tener detalles de piedad y a aprenderlos del Fundador. En una ocasión nos comentaba que nuestro Padre, a base de luchar, había adquirido muchas costumbres y, en concreto dijo que para hacer de hijo pródigo se hacía la cruz en los labios y en el corazón.

²⁶ Á. DEL PORTILLO, *Prólogo*, en SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, p. 10.

6. PRÁCTICA DE VIRTUDES

Ya se han citado algunas de las virtudes que adornaban a Don Álvaro, reconocidas por Mons. Echevarría (vid. Ref. nota 4), en la que termina señalando «su paz contagiosa»; es el mismo sentir que ahora nos pide a todos el Papa Francisco a propósito de «La dulce y confortadora alegría de evangelizar», en su primera exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: «El bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás. Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla. Por eso, quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien»²⁷.

En el año 1976, vimos en Roma la primera película que recogía una de las catequesis de carácter coloquial –en realidad como una tertulia multitudinaria– que tuvo lugar el día 14-VI-76 en el salón de actos de Tajamar, Obra corporativa del Opus Dei en Madrid. En ella Don Álvaro actuaba por vez primera como sucesor del Fundador ante ese público allí congregado, que manifestaba la unidad de la Obra y el afán de sentirse cerca del Padre y de escucharlo lo más cerca posible, también físicamente. En Roma, al terminar la proyección, le dimos las gracias por haber tenido la oportunidad de verla, y de compartir sus palabras llenas de afecto y de sentido sobrenatural. Don Álvaro, en su humildad, contestó que a él le daba vergüenza, y que es nuestro Padre el que actuaba en el alma de cada uno; la conversación concluyó de tal modo que era él quien nos daba las gracias a nosotras.

Acerca de la virtud de la honradez, necesaria para vivir como ciudadanos que desean ser santos en medio del mundo, en una ocasión Don Álvaro recordó que a San Josemaría no le gustaba el ajedrez, el jaque-mate, sino que se trata de hacer las cosas para agradar a Dios, sin importar que la actuación de alguien pueda interpretarse de un modo u otro..., y añadía que no se puede ganar siempre y en todo. Concluía señalando que Dios gana siempre porque es el poder, la belleza, la sabiduría, el Amor. ¡Por eso debemos pedirle al Señor que sepamos perder siempre con Él, perder para ganar, porque Dios no se deja ganar en generosidad!

²⁷ FRANCISCO, Exhort. Ap. *Evangelii Gaudium*, 24-XI-2013, www.vatican.va (consultado 21/01/2014), n. 9.

Fue alentador un día de diciembre en el que Mons. del Portillo nos comentó que todos tenemos la posibilidad de equivocarnos, que él también porque era un pobre hombre. Pero, como era el Padre, que le obedeciéramos siempre; aprovechó para impulsarnos a vivir la práctica evangélica de la corrección fraterna; señaló, además, cómo San Josemaría procuraba corregir enseguida, cuando esa orientación podía ayudar a una persona a ser mejor y, para ello, él buscaba primero la presencia de Dios porque pensaba que si no, le daría pena y no nos corregiría; añadió la finura especial, de caballero, que San Josemaría tenía con sus hijas.

También deseo resaltar su exquisita delicadeza. Un día de junio del 1978 nos contó cómo había elegido la Iglesia de *Santa Andrea della Valle* para celebrar la Santa Misa en el aniversario de la muerte de Mons. Escrivá. Por este motivo, había ido personalmente a verla, señaló que el tipo de presbiterio era adecuado para hacer la genuflexión y, quien lo deseara, podría comulgar de rodillas. Incluso citó que a las seis de la tarde, la luz de esa Iglesia era preciosa.

Hay un largo etc. acerca de Don Álvaro sobre su exigencia amable y eficaz en el modo de vivir las virtudes; él mismo afirmó que «Virtudes humanas son, por consiguiente, todos los hábitos morales que debe poseer el hombre como hombre, aunque no sea cristiano, y que el cristiano eleva al orden sobrenatural por medio de la gracia. Entiéndase bien que, cuando se habla de virtudes humanas, no se pueden olvidar las sobrenaturales ni los dones del Espíritu Santo, ni tampoco referirse, ni aún de lejos, a las simples formas externas, a lo que atrae en un primer momento, pero sin fruto, por no corresponder a algo interior»²⁸.

7. LABOR DE GOBIERNO

Para centrar la labor de gobierno en el Opus Dei, en la que tanto colaboró Don Álvaro, conviene recordar la libertad que los fieles del Opus Dei poseen en las cuestiones temporales, profesionales, científicas, sociales, culturales, políticas, etc. La misma libertad que todos los fieles católicos. En todos esos campos actúan formando con plena libertad sus propias ideas y criterios, siempre, claro está, en conformidad con la fe y la moral cristianas. El Opus Dei no interviene

²⁸ DEL PORTILLO, *Orar. Como sal y como luz*, p. 71.

para nada –ni con mandatos, ni con indicaciones, ni con consignas– en las decisiones y actuaciones que cada uno asuma en las cuestiones temporales²⁹.

A su vez, y desde siempre, el gobierno en el Opus Dei es colegial y con la erección de la Obra como Prelatura personal queda perfectamente definido que «a la luz de la acción pastoral y apostólica, el espíritu del Opus Dei se transmite de dos maneras. De una parte, el Prelado y su presbiterio desarrollan una labor pastoral especial al servicio del laicado de la Prelatura, como expresión de la misión de servicio del sacerdocio ministerial al sacerdocio común; de otra parte, toda la Prelatura, sacerdotes y laicos conjuntamente, en cooperación orgánica, realizan un apostolado al servicio de las Iglesias locales»³⁰.

Así puede comprender los detalles que narro a continuación. Recuerdo que, al comentarnos, antes de una sesión de trabajo, el Evangelio del día, que trataba de la parábola de la vid y los sarmientos, nos pidió de estar unidas a él y él al Fundador; esta actitud nos facilitaría ayudar a todos, porque en el Opus Dei gobernar es servir, que no sólo hay que trabajar, sino que trabajar bien. Desde el primer momento pude admirar la pulcritud en la redacción de los escritos, y también el elevado nivel de vocabulario; con su ayuda, los documentos de gobierno quedaban mejor presentados y más claros en su contenido. Además su expresión era elegante.

El 15-IX-77, aniversario de su elección como Padre, nos recordó que Nuestro Padre gobernó la Obra desde el principio, que ahora lo hacía desde el cielo. Y, entre otras cosas, recuerdo que nos decía: «...si yo puedo ayudar es porque Dios me ayuda a mí, por la intercesión de nuestro Padre y porque vosotras rezáis por mí. Así es que yo tengo que dar las gracias a Dios, a nuestro Padre y a vosotras». En muchas ocasiones le oí comentar que saber gobernar y ver las situaciones acudiendo al Fundador y sintiéndose protegidos por él. Hecho que no significaba perfeccionismo, en ese sentido recuerdo en una sesión de trabajo, sacó del bolsillo una pequeña agenda; de ella extrajo una papel que tenía dibujada una patita –el dibujo lo había hecho el Fundador–, y, debajo de la misma, con letra de San Josemaría ponía ¡la metió! Explicó que ese dibujo era el recuerdo de algo que no había hecho bien. Nos habló de no tener miedo a

²⁹ Cfr. J.L. CHABOT, *Libertad en las cuestiones temporales*, en ILLANES, *Diccionario de San Josemaría*, p. 747.

³⁰ A. VIANA, *En el XX aniversario de la constitución del Opus Dei como prelatura personal*, en «Romana» (Estudios 1997-2007), p. 193.

nada, y que con la fe nos comemos el mundo. En otra ocasión, alguna comentó: «hemos orientado...», y, enseguida Don Álvaro dijo que muy bien, porque nosotros gobernábamos así, sin imponer.

8. VIDA EN FAMILIA Y VIBRACIÓN APOSTÓLICA

Dice Don Álvaro: «Dios nos necesita con una descarada carga apostólica. Él, que es omnipotente, ha querido necesitar de nosotros, hacer depender de nuestra correspondencia la realización de su obra redentora. Somos instrumentos que Dios desea emplear en bien de las almas todas. Si el Señor nos ha llamado, si le hemos encontrado y le volvemos a encontrar cada día en medio de los afanes del mundo, si ha volcado en nosotros su gracia cuidándonos con cariño de Padre, no ha sido sólo para nuestra felicidad y santidad personales [...]. El Señor nos ha buscado para que cada uno sea como un altavoz que anuncie a los demás el tesoro que ha descubierto. Dios espera únicamente nuestra correspondencia, para obrar milagros»³¹.

Cuando pasaba algo a alguna hija o hijo suyo –un pequeño accidente, alguna cuestión familiar inesperada, etc.– se ocupaba de veras en atender a esa persona o en lograr que lo hicieran otros de modo familiar, propio del Opus Dei. Recuerdo que un día nos habló de un hijo suyo que había recibido la ordenación episcopal y Don Álvaro estaba preocupado porque sabía que era muy friolero, y la ciudad a la que iba para ejercer su ministerio tenía cambios bruscos de temperaturas del día a la noche.

Aprovechaba siempre que estábamos con él, por cualquier motivo, para hablar del Fundador; era connatural en él. Recuerdo una tertulia con un grupo de chicas jóvenes de un país europeo; de aquella ocasión me quedó grabado que les insistió en que trabajaran bien, y que, una consecuencia, es que las calumniarían. Inmediatamente añadió ¡Cuánto sabía nuestro Padre de eso!

Era esperanzador el modo que resolvía los asuntos relacionados con sus hijas. Una de ellas, por enfermedad comenzó a utilizar silla de ruedas. Don Álvaro dijo que, con su silla de ruedas, y mucho amor de Dios y mucha humildad, podía y debía remover el mundo.

³¹ DEL PORTILLO, *Orar. Como sal y como luz*, p. 212.

9. COROLARIO

No es fácil poner punto final. Quizás sirva para ello volver a recordar estas palabras suyas: «Me he sentido santamente orgulloso de ser hijo de nuestro Padre, y de ser Padre de vosotros: veo muy claro, en mi caso, que *il sangue del soldato fa grande il capitano!* Os agradezco todo, y os pido, haciendo eco a nuestro Padre: ¡más, más, más!»³². Un buen resumen de la dimensión sacerdotal de su vida, pues a través de lo grande –que muchas veces tuvo que afrontar– y de lo pequeño, en los detalles de cada día, de cada instante, viviendo su vocación en el Opus Dei, sirvió fielmente a la Iglesia y la Iglesia lo ha reconocido; así lo manifestó Juan Pablo II en la Bula pontificia de la erección del Opus Dei como Prelatura personal: «Con grandísima esperanza, la Iglesia dirige sus cuidados maternales y su atención al Opus Dei, que fundó –por inspiración divina– el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer³³..., con el fin de que sea siempre un instrumento apto y eficaz de la misión salvífica que la Iglesia lleva a cabo para la vida del mundo»³⁴.

Dando un pequeño salto cualitativo, me viene a la memoria que, curiosamente la etimología de su nombre –Álvaro– coincide con su persona: Álvaro es un nombre masculino de origen germánico, derivado de “alwar”, donde “all” significa “todo” y “wers” significa “prudencia” o de “warja” que significa “defensa o protección”. Álvaro o Alvar será “Aquel que es todo prudente” o “Aquel que es el defensor de todos”.

Por último, deseo rematar este trabajo, con agradecimiento filial al actual Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, que, en una Carta dirigida a sus hijos –por ahora no publicada– nos recuerda lo que he tratado de expresar en estos folios: «También en este mes se cumple el 75º aniversario de cuando el queridísimo Don Álvaro respondió al Señor ¡Aquí estoy! A su intercesión confío vuestra fidelidad y la mía, para que sea diariamente enteriza, y para que me sostengáis en mis intenciones».

³² BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo*, p. 232.

³³ Canonizado el 6-X-2002.

³⁴ D. LE TOURNEAU, *Naturaleza jurídica del Opus Dei*, en «Romana» (Estudios 1985-1996), p. 165.